
Caso de Conciencia

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8332

Título: Caso de Conciencia

Autor: José Fernández Bremón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 18 de julio de 2024

Fecha de modificación: 18 de julio de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Caso de Conciencia

Simeón no era odiado solamente de los cristianos de Toledo, que al fin y al cabo tenían la misma animadversión a todos los judíos, aun aquellos que gozaban la consideración y privanza del gran rey don Alfonso el Sabio: le querían mal todos sus correligionarios, y acusándole de no observar el sábado, que solía pasar en la carnicería vigilando a sus tablajeros, le tildaban de cristianizante. Las hebreas de su vecindad aseguraban que todos los días a las horas del almuerzo salía de su hogar un escandaloso olor a magras fritas, y desde luego consideraban los más imparciales y juiciosos que era muy ocasionado a faltar a la ley el inmundo tráfico en que hacía sus ganancias, la cría, la matanza, salazón y venta de los cerdos.

El sabio rabino Zabulón, cada vez que pasaba por el edificio que servía de saladero a los tocinos y jamones producto de cada matanza, decía al opulento Simeón:

—Grande es el almacén de tus culpas.

Simeón sonreía y calculaba, contemplando con tanta satisfacción las reses abiertas en canal, como un sabio que leyera un libro lleno de ciencia.

Un día se encontraron en el campo el rabí y el ganadero, caballeros en sendas mulas, como a dos leguas de la ciudad, en el momento de estallar una tormenta: y sobrevino tal ventisca y aguacero, que determinaron refugiarse en unas ruinas que se veían a lo lejos, temerosos de que las caballerías se espantasen, sobre todo Zabulón, que era mal jinete. El terreno era quebrado, las herraduras de las bestias resbalaban en las raíces húmedas de los árboles, la tormenta

seguía, y cuando encontraron el refugio estaban extraviados y la tarde iba vencida.

—Hermano Simeón —dijo su compañero cuando estuvieron bajo techado—: estoy muerto de hambre, porque no he probado nada desde esta mañana. He creído ver que tu alforja tiene un bulto, y si es cosa de comer, te ruego que la partas conmigo.

—¡Oh sabio Zabulón! —contestó el tocinero, alzando las manos al cielo y dando al rostro expresión dolorosa—: yo soy culpable y tú virtuoso: tú un hombre de rígida conciencia y yo un mal judío y pecador empedernido. Traigo en mi alforja alimento, pero no me atrevo a ofrecértelo, porque es manjar prohibido por la ley.

—¿Qué dices?

—Que sólo traigo un jamón cocido en vino generoso. Es un vicio que he contraído al tratar con los cristianos.

Y Simeón sacó de su alforja medio jamón en dulce, que presentó con timidez al virtuoso rabino.

—¡Aparta, aparta esa inmundicia! —dijo éste retrocediendo.

—La necesidad se impone a veces... come, y luego purifícate.

—Antes que la necesidad está el deber...

—Entonces, permíteme que peque en tu presencia.

—¿Cómo es posible —decía Zabulón mientras su compañero partía con el puñal, y comía con deleite, las lonjas magras y aromáticas—, cómo es posible que hayas preferido traer ese manjar prohibido y repugnante, en vez de un fiambre de vaca, una gallina asada o una empanada de cabrito? ¿Cómo prefieres la cocina infame de los cristianos a la nuestra? ¿No te bastan las perdices, las tortillas succulentas que tanta mezcla permiten de manjares sabrosos y pescados

suculentos? Quien come jamón es capaz de comer liebre, conejo, lobos, cuervos, sapos, reptiles y sangre de animales.

—Créeme, el cerdo es bueno —replicó Simeón cada vez más satisfecho—. Y el jamón con vino dulce es preferible a la langosta que permite nuestra ley.

—¡Simeón!, estás blasfemando.

—Pruébalo y juzga.

Y presentó una lonja de jamón al hambriento y virtuoso rabino, que olió la magra sin tocarla por no contaminarse. Zabulón sintió que la boca se le llenaba de agua, en vez del asco que creyó experimentar.

—Confieso que el olor no es malo —dijo suspirando—; lo atribuyo al condimento y al hambre rabiosa que me domina.

—Considera que estamos extraviados y no tienes elección en los manjares —repuso Simeón—: come y callaré.

Zabulón estaba vacilante y su boca se abría de vez en cuando: aún resistió quince minutos.

—La necesidad se impone —dijo por fin, acercándose a su amigo—: dame ya, que no puedo resistir.

Y contrariado y hambriento, ansioso y pesaroso a la vez, tomó el manjar prohibido, y al saborearlo con curiosidad, lanzó un grito de sorpresa.

—¿Es bueno el jamón en dulce?

—No hay en el mundo fiambre que lo iguale.

—¿Crees que eso puede ser manjar inmundo?

—Calla y dame más.

Cuando comió dos buenos trozos de aquella carne maldita,

Zabulón se detuvo y dijo:

—No más: sería gula: lástima que esto no se pueda comer sin cargo de conciencia: pero ésta antes que todo.

Poco después cesaba la tormenta y volvieron a tomar las mulas: Zabulón callaba e iba muy pensativo: así anduvieron como una legua, hasta que el rabino dijo a Simeón refrenando la mula:

—Dame otro trozo de jamón.

—¿Y la conciencia?

—Ya la he tranquilizado; desde este instante dejo de ser judío: me he convertido al cristianismo.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.